

«DIJO DIOS, SEA LA LUZ, Y LA LUZ FUE»
¿CAMBIO ASPECTUAL?

Me propongo en este trabajo mostrar el error de afirmar que los verbos imperfectivos, al usarse en pretérito indefinido, indican la perfección del comienzo de la acción verbal, y no la perfección de toda la acción. El origen de esta opinión hay que buscarlo en la gramática de Bello (publicada por primera vez hace más de 130 años). Es conocido su análisis de la cita bíblica: «*fue vale lo mismo que *principió a tener una existencia perfecta**» (Bello, 1936, pág. 162). Para Bello, este sentido resulta del tiempo verbal en que se encuentra el verbo permanente *ser*, ya que en este caso «el pretérito denota la anterioridad de aquel solo instante en que el atributo ha llegado a su perfección» (*loc. cit.*).

Entre los que comparten este tipo de análisis, con diferencias superficiales, se puede mencionar a Lenz (1935, pág. 467), Gili Gaya (1969, págs. 149-150), el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española* (1973, pág. 462), Seco (1960, págs. 62-63), Ruipérez (1962, página 434), Bull (1971, págs. 46 y 112), Rojo (1974, pág. 142), Heger (1974, pág. 132), Comrie (1976, pág. 19) y Moreno de Alba (1978, pág. 46). Sirva de ejemplo representativo la siguiente cita de la gramática española de Bejarano-Jörnving (1967, § 176), en la que esta manera de ver el problema queda claramente resumida (la traducción es mía):

Si, por ejemplo, un tiempo perfectivo, como el pretérito indefinido, se combina con un verbo perfectivo, toda la acción se da por terminada: *Se sentaron a la mesa. Anoche el niño no se durmió hasta las once.* En un verbo imperfectivo, en cambio, el pretérito indefinido indica solamente

que el comienzo de la acción se ha llevado a efecto: *conoci a su hermana (...); supe que llegaría por la noche (...)*.

Dejemos de lado, por ahora, la división de los tiempos verbales en «perfectivos» e «imperfectivos». Más interesante resulta la clasificación de los verbos en perfectivos e imperfectivos, términos que tienen una aceptación más general que «desinientes» y «permanentes», propuestos por Bello. Esta clasificación evidentemente está basada en la relación que guardan los verbos con los fenómenos de la realidad física, extralingüística.

En relación a dichos fenómenos, debemos un análisis penetrante de la naturaleza de los «acontecimientos»¹ a Bull (*op. cit.*, págs. 44-45). Según Bull hay dos clases principales de acontecimientos, llamados por él «acontecimientos cíclicos» y «no cíclicos» («cyclic and non-cyclic events»). Acontecimientos cíclicos son, por ejemplo, los que denotamos con los verbos *girar* 'moverse un cuerpo alrededor de un eje' y *levantarse* 'ponerse de pie', mientras que un verbo como *dormir* denota un acontecimiento no cíclico. Dentro de los acontecimientos cíclicos establece Bull una distinción entre dos subcategorías, ejemplificadas por los verbos citados *girar* y *levantarse*. El acontecimiento denotado por *girar* puede verse, según Bull, de dos maneras: a) como el movimiento efectuado por un cuerpo al dar una vuelta completa alrededor de un eje, y b) como el movimiento efectuado por un cuerpo al dar un número indeterminado de vueltas alrededor de un eje. En el segundo caso, normalmente no hay ningún intervalo de tiempo entre una vuelta y otra, y la terminación de una revolución coincide con el comienzo de la siguiente. Entre cada vuelta no media ningún otro acontecimiento. En el caso de *levantarse*, en cambio, siempre hay un intervalo de tiempo entre el acontecimiento y su repetición, en el cual se sitúa otro acontecimiento, como por ejemplo el representado por *acostarse* o *sentarse*. De estas observaciones llega Bull a la conclusión que *girar* es un verbo semánticamente ambivalente (*op. cit.*, pág. 44):

It may describe a single revolution or a series which, for some people, may appear to be a single event.

¹ Este término cubre también los procesos y los estados. Como lo hace notar Lyons (1977, pág. 483) no hay ningún término satisfactorio que pueda servir para referirse a estados, por una parte, y a acontecimientos y procesos, por otra.

La observación de Bull acerca de la ambivalencia semántica de *girar* es válida para muchos otros verbos, como por ejemplo *saltar*. A veces denota un acontecimiento cíclico único, *saltar*¹ 'dar un salto'. En esta acepción tiene carácter semelfactivo. En otra acepción, *saltar*² 'dar saltos', denota una serie de acontecimientos cíclicos. También puede denotar, en una tercera acepción, *saltar*³, un acontecimiento no cíclico: 'caer (el agua de una corriente)'. La afinidad entre los acontecimientos denotados por *saltar*² y *saltar*³ es evidente: ambos son acontecimientos que no necesitan llegar a un término para tener lugar, sino que pueden prolongarse indefinidamente, o como una serie o como un solo proceso ininterrumpido. En cambio, *saltar*¹ 'dar un salto', se parece a *levantarse*: al igual que este verbo denota un acontecimiento que necesariamente tiene que llegar a su término para ser efectivo. Vale decir que los acontecimientos denotados por *saltar*¹ y *levantarse* se definen por el punto en que alcanzan la perfección y en el cual terminan.

Esto muestra que, aunque existen dos clases principales de acontecimientos, éstas no tienen correspondencia exacta en la lengua. Los verbos no están divididos en dos grupos mutuamente excluyentes, perfectivos e imperfectivos. Un solo verbo puede ser capaz, en sus diversas acepciones y en los diferentes contextos en que aparece, de denotar acontecimientos de ambas clases, cosa que ya ha hecho notar Klum (1961), entre otros. Pero la tendencia a querer confinar cada verbo a un grupo determinado, poniéndole la etiqueta de «desinente» o «permanente», «perfectivo» o «imperfectivo», ha sido muy fuerte, y es lo que, en definitiva, ha tendido la trampa metodológica que consiste en afirmar que los verbos imperfectivos, en los tiempos llamados perfectivos, indican la perfección del comienzo de la acción.

Ahora bien, es fácil observar que los verbos que suelen aducirse como ejemplos de que el pretérito indica, con los verbos imperfectivos, «la anterioridad de la perfección» (Gili Gaya, *op. cit.*) se reducen a unos pocos (*ser, saber, conocer, oír, tener y ver*). La mayoría de los verbos llamados imperfectivos no obedecen en absoluto a esa regla. En *anoche dormí*, por ejemplo, *dormí* claramente no indica «la anterioridad de la perfección», sino la anterioridad de toda la acción, y lo mismo puede decirse de cualquiera de los verbos siguientes: *cantar, bailar, comer, jugar...*

Por otra parte, aunque los verbos mencionados arriba a menudo parecen ajustarse a la regla dada por las gramáticas, no es difícil encontrar ejemplos en que éste no es el caso. Cf. por ejemplo la siguiente cita, en que García Márquez habla de la génesis de su obra *Cien años de soledad*:

1. Durante años lo único que *supe* de Cien años de soledad era que un viejo llevaba a un niño al circo a conocer el hielo que allí exhibían (*Triunfo* 752, 1977, PE77)

Cf. también la cita siguiente, en que también *conocer* y *ser* parecen guardar un valor imperfectivo:

2. Para apoyar su tesis sobre la intolerancia católica, Voltaire echa mano de la Historia, donde busca como en un cajón de sastre; ¿*Conocieron* los griegos la intolerancia? ¿*Fueron* tolerantes los romanos? ¿*Lo fue* el Dios de los hebreos? (*Triunfo* 760, 1977, PE77).

Lo mismo puede decirse de *oír*, *tener* y *ver* en las citas siguientes:

3. Relegado el valenciano a lenguaje de uso popular, casi exclusivamente, en el tiempo de mi formación nada *oí* en torno mío que me hiciera fijar la atención en esa abusiva y curiosa superioridad conseguida por una de las lenguas convivientes sobre la más modesta (*Triunfo* 756, 1977, PE77).
4. (...) y apoyada por el más ilustre emigrante gallego que *tuvo* Cuba, el poeta Curros Enríquez (*Triunfo* 774, 1977, PE77).
5. Yo *vi* el partido de 1950 rodeado de españoles variopintos en su ideología: un tranviario aragonés franquista, el rojo perdido de mi padre, jóvenes años cuarenta visceralmente apolíticos, niños educados en la comprensión del miedo y en la voluntad de Imperio (*Triunfo* 776, 1977, PE77).

Inversamente, no es imposible encontrar ejemplos de que una acepción perfectiva de los verbos enumerados arriba puede encontrarse aun en los tiempos llamados imperfectivos (donde, como se sabe, el carácter imperfectivo de estos verbos debería reforzarse aún más):

6. El picador, con un caballo que se iba de la suerte en cuanto *veía* cerca los cuernos, metía varazos donde cayeran (...), y cuando podía sujetar al cuadrúpedo que le servía de trono, hacía la carioaca, además (*El País*, 435, 1977, PE77).

Por eso, cuando afirma el *Esbozo* (*loc. cit.*): «Decir *Esta semana he sabido la noticia* denota una acción perfecta, pero no terminada, puesto que sigo sabiéndola», se confunden dos acepciones del verbo *saber*: *saber*¹, que denota un acontecimiento no cíclico (= 'estar enterado de') y *saber*², que denota un acontecimiento cíclico (= 'enterarse de'). En el ejemplo del *Esbozo*, *he sabido* actualiza (en primer lugar) la acepción *saber*², pero *sigo sabiéndola* actualiza la acepción *saber*¹. No se trata, por lo tanto, de una transformación aspectual de un *saber* imperfectivo, sino de un empleo perfectamente normal de un verbo que, en una de sus acepciones, tiene carácter perfectivo, por denotar un acontecimiento cíclico.

Volvamos, para terminar, a la cita bíblica aducida por Bello: «Dijo Dios, sea la luz, y la luz fue». Es cierto que el análisis que propone Bello de *fue* parece correcto: «*fue* vale lo mismo que *principió a tener una existencia perfecta*». Pero lo mismo puede decirse de *sea*: equivale a: «(que) principie a tener una existencia perfecta»². Esto indica que nos encontramos aquí ante una acepción perfectiva de *ser*, acepción que puede aparecer en cualquier tiempo verbal, y no únicamente en los tiempos llamados perfectivos. Lo que se ha descrito como un fenómeno gramatical es en realidad un hecho léxico-semántico. Tratar de determinar si un verbo es perfectivo o imperfectivo, desinente o permanente, carecerá de sentido, si no se tienen en cuenta estos hechos de polisemia fundamental.

GERHARD BAUHR

Universidad de Gotemburgo (Suecia)

BIBLIOGRAFÍA

- Bejarano-Jörnving, *Spansk grammatik*, Uppsala, 1967.
 Bello, Andrés, *Gramática de la lengua castellana*, París, 1936.
 Bull, William E., *Time, Tense and the Verb*, Berkeley, 1971.
 Comrie, Bernard, *Aspect. An introduction to the study of verbal aspect and related problems*, Cambridge, 1976.
 Gili Gaya, Samuel, *Curso superior de sintaxis española*, Barcelona, 1969.
 Heger, Klaus, *Teoría semántica*, Madrid, 1974.

² Cf. la versión sueca: «*Varde ljus, och det vart ljus*», en que ambas formas verbales tienen valor aspectual perfectivo.

- Klum, Arne, *Verbe et adverbe*, Uppsala, 1961.
- Lenz, Rodolfo, *La oración y sus partes*, Madrid, 1935.
- Lyons, John, *Semantics II*, Cambridge, 1977.
- Mighetto, David y Rosengren, Per, *Banco de Datos de Prensa Española: Concordancia lingüística y texto fuente*, PE77, Gotemburgo, 1982.
- Moreno de Alba, José G., *Valores de las formas verbales en el español de México*, México, D. F., 1978.
- Real Academia Española, *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Madrid, 1973.
- Rojo, Guillermo, «La temporalidad verbal en español», en *Verba*, 1, 1974, págs. 68-149.
- Ruipérez, Martín S., «El aspecto verbal en español», en *Strenae*, Madrid, 1962, págs. 427-435.
- Seco, Rafael, *Manual de gramática española*, Madrid, 1960.